

Una alta misión

LA toma de posesión del nuevo capitán general de Cataluña ha dado lugar a que se dijeran unas cuantas cosas esenciales que tanto el momento, como la calidad y representatividad de la asistencia hacían oportunas. Por un lado, tanto el nuevo titular, como el jefe del Estado Mayor del Ejército han reiterado las muy recientes palabras del Rey, en la Pascua Militar, respecto a la indeclinable postura del Ejército en el cumplimiento de las misiones constitucionales que le concierne. La Constitución está ahí y no ofrece dudas en cuáles son las funciones de las Fuerzas Armadas. El teniente general Gabeiras ha sido muy categórico. Existe una firme voluntad de cumplimiento de los deberes asumidos y un absoluto apartidismo: «No dejaremos que nadie utilice nuestra noble actitud como instrumento a emplear en el sentido que a cada uno convenga y a nadie daremos opción a que nos identifique con sus propios intereses».

También el teniente general Pascual Galmés ha señalado cuáles son los estrictos límites y principios dentro de los que debe moverse el Ejército y la ejemplaridad que cabe esperar de todos sus mandos.

Por otra parte, se ha puesto nuevamente de relieve la importancia que las Fuerzas Armadas conceden a Cataluña de la que ya tenía el nuevo capitán general una experiencia reciente que garantiza el éxito de esta nueva misión que el alto mando le confía. Lleva razón el jefe del Estado Mayor del Ejército, cuando señala que una de las cualidades que más se aprecia en la milicia de los catalanes, es la seriedad. Una seriedad y un sentido de responsabilidad de las que ha sido en estos últimos años imagen fiel y ejemplar, el presidente Traradellas y que compagina perfectamente con la esencia misma del auténtico espíritu castrense. Una formalidad reñida con los aires frívolos que, en otras partes del país, han creído ingenuamente que sentaban mejor al estremo de la democracia.

Observa también el jefe del Estado Mayor del Ejército que Cataluña, en estos últimos años de acelerados cambios, «ha sabido hacer honor a su tradición de mesura y concordia». Y, esto, en términos generales es cierto, aunque en honor a la verdad, tengamos que reconocer que en algunos momentos han asomado también graves riesgos. Y que justamente estos días afloran síntomas de virulencia en el campo laboral de origen político que conviene seguir de cerca para que no prosperen procedimientos claramente antidemocráticos que practican elementos radicalizados.

Tanto por el tono, como por el fondo, los discursos que ayer se oyeron en el salón principal de Capitanía de Barcelona, son para el mejor entendimiento entre pueblo y Ejército. Nada más positivo.

Accesos pirenaicos

LAS comarcas pirenaicas de Cataluña vienen reclamando mejores comunicaciones, pues atribuyen, principalmente, la responsabilidad de su decadencia a una infraestructura viaria deplorable. Tienen el convencimiento de que, con una adecuada red que diera fin a tantos aislamientos, al revitalizarse económicamente quedaría frenada la sangría de la despoblación. Bien relacionados entre sí los diversos núcleos de población que aún existen y sus conjuntos zonales y comarcales con el resto del país, darían la medida de sus posibilidades.

Mientras se espera una ordenación general del territorio, hay algunos proyectos concretos que resultan incuestionables y cuya pronta realización sería conveniente en alto grado. Uno de ellos, el túnel del Cadí, acaba de recibir otro espaldarazo de una autoridad indiscutible. El eminente geógrafo Pau Vila ha dicho, esta misma semana, que la vía de comunicación hacia la Cerdanya es una obra esencial para el desarrollo natural de su tierra de paso, el Berguedà, además de los beneficios que debe reportar al resto de Cataluña.

Al destacar la necesidad de abrir esta nueva vía de comunicación —el eje del Llobregat prolongado, mediante un túnel, hasta el centro de nuestro Pirineo—, el señor Vila efectuó una propuesta digna de consideración: concentrados los esfuerzos en conseguir este acceso a la Cerdanya, dado que por la collada de Toses ya existe otro, sus limitaciones podrían subsanarse fácilmente aprovechando la existencia de un ferrocarril con túnel a cota baja. Cuando se presentasen dificultades para el paso, como en estos días, debido a la nieve, la montaña podría cruzarse transportando los automóviles en el tren, de igual forma que se efectúa en muchos pasos de montaña europeos de cotas elevadas. Además, este sería un medio más de superar la infrautilización del ferrocarril.

Tentativas de «conocimiento»

Las otras ciencias

HOY, en cuanto uno se descuida, por ahí tienden a darle gato por liebre, y en seguida, en esto de las «ciencias». Y no me refiero, claro está, dicho sea para empezar, a lo de las supuestas «ciencias ocultas», alegre —o tétrica, según se mire— superchería que a nadie engaña y que ni siquiera pretende engañar. Pienso, ahora, en otros sistemas o tentativas de «conocimiento», cuya buena voluntad puede ser innegable, pero cuyos objeto y método apenas tienen algo que ver con los propios de la «ciencia-ciencia»: aquellos «saberes» que, en mi época escolar, recibían el nombre de «ciencias exactas» o «ciencias naturales», por ejemplo. Ya resulta curioso, muy curioso, el uso y abuso que del término «ciencia» hacemos de un tiempo a esta parte. Aunque hayan prosperado simultáneamente ciertas actitudes de pavor o de desdén respecto a las «ciencias-ciencias» y a sus consecuencias tecnológicas inevitables, las antiguas «sófias» y «logias» académicas, y las de reciente invención, aspiran a que las tomemos por «ciencias» con el rango y el prestigio subsecuentes. Ignoro cuándo comenzó el asunto. ¿Con lo de las «Ciencias Sagradas»?

Me parece, de todos modos, que la fórmula «Ciencias Sagradas» ya ha quedado arrinconada. Los teólogos, sin ir más lejos, continúan hablando de Dios —tomando Su Santo Nombre en vano, ¡ay!—, y quizá lo hagan hasta la consumación de los siglos: ellos son los primeros en estar conscientes de que no hacen «ciencia» sino «otra cosa». Quienes se dedican a estudiar libros más o menos «revelados», o investigan los avatares de las Iglesias, o siguen los rastros genealógicos de los mitos más extendidos, o intentan aclarar la predisposición humana a la fe, a los éxtasis místicos o la milagrería, saben de sobra que sus trabajos se homologan con otros de tipo profano y que, en definitiva, hacen «filología», «historia», «antropología» o «psicología». Lo

que se ha impuesto, finalmente, es el prurito de «cientificar» éstos y otros aspectos de la vida individual y colectiva, actual o pasada, que, en efecto, necesitamos «conocer» hasta donde sea posible. Y, una tras otra, surgieron las «Ciencias Humanas», y, dentro de ellas, las «Ciencias Sociales», materia de enseñanza diplomada en cualquier Universidad, en todo el mundo, si no me equivoco.

Ciertamente, abordar el problema en el espacio de un artículo siempre será una ligereza. A ella me arriesgo. Y empezaré por lo más obvio. ¿Es la «metafísica» una ciencia? Sospecho que nadie, desde los presocráticos hasta Heidegger o quien quiera que sea el último metafísico vigente —¿lo hay?—, habrían contestado que «no». Explicar metafísica desde una cátedra es como impartir catecismo: ideología. Pero una «historia de la metafísica» ¿podría ser una «ciencia»? Se acercaría a serlo: como la «historia del feudalismo», «la historia de la tecnología», «la historia de los incas» o «la historia del rock». Lo cual nos lleva a un interrogante impúdico: ¿la «historia», sea de lo que sea, es una «ciencia»? Nunca lo fue. Ni Tácito, ni los cronistas medievales, ni Zurita, ni Mommsen, ni Max Weber, lo fueron: no digo los autores de tebeos abrumadores, como Spengler o Toynbee, o Bossuet. La reciente preocupación por las cifras, entre los eruditos, merece los máximos elogios: «cuantificar» es «cientificar», si se me permite esta vulgar y vulgarizante aprensión. ¿Es factible, no digo «siempre», sencillamente «alguna vez»?

Sigo, de momento, con los historiadores. ¿De qué datos fiables disponen? La documentación les falla con una frecuencia alarmante, y más alarmante cuanto más remoto es el objetivo. Aunque me lo juren sobre mil biblias, perderán mis dudas sobre una eventual exposición de precios y salarios, no digo ya de la Roma de Augusto, sino del reinado de Carlomagno, de Alfonso el Magnánimo o del Rey

Sol. Ni siquiera de Napoleón. Los archivos supervivientes no dan para mucho, ¿y cuándo un archivo ha sido «de confianza»? Habrá medios para corregir el defecto: ¿suficientes? Mas: ¿responsables... Y salto de los historiadores a los economistas, a los sociólogos, a los antropólogos. Sus papeles, relativos a la actualidad más palpable, podrían tener una verosimilitud superior. ¿La tienen? Un pequeño detalle a la vista: las informaciones y las interpretaciones que pululan son contradictorias, y lo son incluso cuando se basan en los mismos números. ¿Es «ciencia» la «economía»? ¿Lo es la «sociología»? ¿La «antropología»?

Y me queda otro escrúpulo. Es probable que hasta las «ciencias-ciencias» estén impregnadas de «ideología». Con ellas, sin embargo, funciona el tinglado de la infraestructura diaria, mejor o peor, desde los alimentos a las basuras, desde los viajes a los domicilios, desde el terrorismo a la policía, sin olvidar las ideas y venidas a la Luna, los quirófanos y las aspirinas, y las mismas cátedras de Universidad. Pero las Ciencias Humanas y Sociales, ¿cómo no pueden ser «ideológicas»? Lo son, y de manera furibunda. Un economista nunca es un científico: es un militante de unos intereses o de otros. Hasta un biólogo o un físico nuclear, tanto o más que un «científico», es un instrumento de intenciones ajenas a su laboratorio, que alguien subvenciona. Pero, más, los otros: los de las hipotéticas Ciencias Sociales, Historia incluida, que no operan sobre ni el más mínimo de objetividad racional: son peones de la lucha de clases. Lo que se entiende para mitigar resfriados, cánceres o reumas, para construir caminos, canales y puentes, para facilitar la navegación espacial, también. No tanto, sin embargo. Su «ciencia» todavía puede ser «ciencia-ciencia».

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA PRIMERA FELICITACION POR NUESTRO CENTENARIO

Señor Director:
Hoy ha llegado a mis manos y he leído seguidamente, como de costumbre, el diario de su digna dirección, de fechas 1 y 2 de enero del recién estrenado 1980.

Como veo que la fundación de este importantísimo rotativo es del año 1981, me gustaría ser de los primeros —a un año vista— en felicitarles por su ya próximo centenario. No puedo decir lo mismo de otros diarios.

A mi abuelo materno ya le oía leer en voz alta y a su manera —parece como si lo viera aún sentado detrás los cristales del balcón de su piso y bajo un sol luminoso que encuadraba bellamente la figura— «La Vanguardia». Yo estaba cercano al decenio de mi infancia; y también recuerdo que desde la calle oía cantar por el matinal vendedor a mano y de punto «La Vanguardia»; «Las Noticias»; «El Día Gráfico»; «El Diluvio»; etcétera. Todo pasó; «La Vanguardia», no; sigue. Y es por ello que ya casi centenario, me anticipo a aplaudirles muy sinceramente.

Me place, con esta ocasión, hacerles constar que soy suscriptor desde el 1926, o sea más de cincuenta años —tengo actualmente 72— sin interrupción, salvo las consabidas y sufridas circunstancias de la guerra española. Deseando sigan con sus éxitos profesionales, le saluda con toda consideración.

Benito Jaime VIVES

MAS SOBRE EL CASO KUNG

Señor Director:
Con referencia a la carta que en el número de hoy firma el P. Ignacio de Segarra quisiera comentar que a mi modo de ver las jerarquías de la Iglesia no sólo deben velar para que el depósito de la fe se mantenga intacto sino también contribuir a que cuanto de acertado, bueno y útil suceda en la Iglesia tenga su debida y justa valoración positiva y se procure su difusión entre el pueblo de Dios. En el caso Kung estamos ante un teólogo que junto a posibles yerros tiene capacidades nada comunes para expresar la fe cristiana en términos inteligibles a las mentalidades de hoy, y un ojo clínico muy perspicaz para diagnosticar los males de nuestra sociedad que podrían ser aliviados por una fe cristiana viva, que él intenta difundir con formulaciones y perspectivas actuales. Lamento profundamente como católico que la jerarquía no se haya sumado al reconocimiento de estas cualidades, que tantos admiten como prueba el prestigio de Kung. La ocasión era propicia, pero sólo se ha resaltado lo negativo. En cuanto a las protestas de diversos personajes y teólogos catalanes, creo que se han limitado a seguir con fidelidad ejemplar, según su conciencia, lo que dice la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II, en su punto 37 que señala que todos los fieles cristianos «tienen el derecho y en algún caso la obligación de manifestar su parecer sobre aquellas cosas que dicen tienen relación al bien de la Iglesia». Si estas críticas son «destempladas» o no, es

cosa de apreciación personal. Me parecen bastante más destempladas las críticas de Jesús de Nazaret contra las jerarquías religiosas de su tiempo, y las acepto reverencialmente.

Federico BLANCO JOVER

AL SERVICIO DE LA VERDAD HISTORICA

Señor Director:
Dada la gran difusión de ese diario, me acojo a su hospitalidad, que de antemano agradezco, para, al servicio de la verdad histórica, desmentir una falsa afirmación que Josep Benet, el pasado día 19 hizo, a través de Televisión Española, en el programa «Tribuna de la Historia», al tratar del tema «Orígenes del movimiento obrero español», refiriéndose a la actuación que en las Cortes respecto a los problemas sociales tuvo el que fue diputado a Cortes por Tarrasa, Alfonso Sala, al decir, «hubo un catalán, porque de catalanes los hay de toda clase, que se llamaba Alfonso Sala, conde de Egara, que sostuvo que no podía prohibirse el trabajo a los niños, ya que la industria textil se hundiría».

Como secretario que fui de aquél político, pude conocer de ciencia propia en unos casos, y ser testigo presencial en otros, de la actuación pública de aquel catalán, total y diametralmente opuesta a lo firmado por Josep Benet.

Sin entrar en mayores detalles, para no alargar estas líneas y con ello abusar de la hospitalidad antes aludida, sólo quiero añadir, que las pruebas documentales de la veracidad de mi desmentimiento de aquella afirmación de Josep Benet, a quien le interese conocerlas, puede consultar para ello el «Diario de las Sesiones del Congreso de los Diputados» y el «del Senado», dentro del período que va desde 1893 a 1923, las numerosas intervenciones parlamentarias de aquel político, sobre las cuestiones sociales, políticas y económicas, y en ninguna de ellas existe ningún concepto demostrativo de la tesis sostenida por Josep Benet, antes al contrario, una defensa persistente en pro de la llamada clase trabajadora, por parte de Alfonso Sala.

Pero más que ése mi desmentimiento, que por venir de mí puede ser tal vez tildado de apasionado y como a tal parcial, la mejor prueba del mismo, lo constituyen también las palabras que fueron pronunciadas por el diputado socialista Saborit, leal adversario político de Alfonso Sala, sesión del 21 de julio de 1923, en debate sobre la cuestión social de Cataluña, que en sus propios términos estimo necesario reproducir:

«Pero, señores diputados, ¿no hemos visto aquí levantarse un día y otro al señor Sala, que es hoy senador, que es patrono, que no es socialista y pedir la creación de una Comisión de Trabajo? El señor Sala un día y otro se levantaba aquí a decir al Gobierno —ya existía el problema terrorista—: «Lo que necesita Barcelona son proyectos sociales, es legislación social, es la aplicación de las leyes de tipo protector que lleven la sensación de una justicia, de un mayor deseo de justicia, a los trabajadores. Un patrono, a quien precisamente, porque hoy no está entre nosotros y porque yo he discutido con él —naturalmente creyendo cuando creía que no tenía razón—, he de hacerle la justicia de declarar que cuando ha representado a España, a la clase patronal española en conferencias de trabajo, su voto unido

con el de la representación del Estado y con el de la clase trabajadora, ha sido a favor de que se vayan aplicando estas convenciones que vayan haciendo que el trabajo sea un poco más humano y la retribución un poco más justa».

Aún cuando «como muestra basta un botón», según dice la voz del pueblo, puedo añadir que existen otras referencias elogiosas para aquel catalán, de figuras destacadas del republicanismo español, y por tanto ideologías antagónicas a la profesada por Alfonso Sala: Nicolás Salmerón, Pi i Margall (1903) y del propio jefe del reformismo Melquíades Álvarez —lo que no impidió fuera asesinado en la cárcel Modelo de Madrid el 23 de agosto de 1936—, quien en la sesión del Congreso el 27 de enero de 1920 decía: «Yo con el señor Sala apenas puedo discutir, porque le conozco de antiguo, de cuando hemos venido juntos a esta Cámara: sé su entusiasmo por los problemas sociales, su conducta con los obreros, su espíritu abierto a todas las ideas, y por tanto, cuando discutí con S.S. me parece que estoy discutiendo respecto a ciertas cuestiones con mis correligionarios. A veces es como el eco de mi propio pensamiento».

No cabe duda de que, de ser cierta la versión dada por Josep Benet, tratándolo de dejar en mal lugar la gestión pública de Alfonso Sala en lo que concierne a las cuestiones laborales, ni Saborit, ni Salmerón, ni Pi i Margall, ni Melquíades Álvarez, habrían prodigado sus elogios a aquel catalán, ni tampoco quien fue su último adversario político, el también republicano Palet y Barba, lo habría asimismo elogiado, como lo hizo públicamente en la misma Tarrasa en plena República, en 1933, reconociendo su gestión en el Parlamento y fuera de él, en las cuestiones sociales y en defensa siempre de la mejora de la llamada clase trabajadora.

Gracias señor Director, y perdón por esa extensión, pero he querido aportar, sin afanes plemáticos pruebas y referencias documentales para ese desmentimiento que ha motivado estas líneas.

Luis G. VENTALLÓ Y VIRGES

HIDROGENO POR PETROLEO

Señor Director:
El día 4 de febrero del año pasado publiqué una carta en el diario de su digna dirección, tratando en ella sobre el empleo del hidrógeno como sustitutivo de la gasolina en los automóviles, con el título «Hidrógeno por petróleo». Dada la difusión de «L. V.», es lógico suponer que mi carta fue leída por muchos lectores y bastantes de ellos se comunicaron conmigo, por lo que les agradezco el interés demostrado hacia el contenido de mi citada carta.

Habiendo transcurrido casi un año y para satisfacción de cuantos se sientan atraídos por la solución de este problema energético, repito, como manifestaba, que con el referido sistema es posible lograr más seguridad personal y economía que empleando gasolina, a pesar de poseer un explosivo, como es el hidrógeno, cuyo índice de octano es inferior a cero, generándolo el mismo vehículo a medida que lo exige su motor. Por ello no es preciso transportar hidrógeno comprimido ni producirlo mediante reacción ácida o alcalina sobre e metal.

En mi sistema, el hidrógeno se produce mediante agua normal y un hidruro, forma que resuelve el sistema de acumulación de energía por tiempo indefinido (gracias a los materiales plásticos a que aludía en mi citada carta), pues para repostar bastaría adquirir en los postes suministradores producto energético, envasado y reponer agua en forma muy semejante a como actualmente repostamos gasolina.

Al principio, dicha materia podría producirse en las actuales factorías energéticas, que podrían aprovechar así las actuales pérdidas que causan las horas punta y suministrar a los postes distribuidores, recurriendo más adelante a otras factorías, que lo fabricarían a partir de energía solar.

Y en un futuro no lejano, las viviendas modernas, se producirían su propia materia energética mediante células solares individuales, casi gratuitamente, liberándose de esta forma del consumo del petróleo, mucho más caro cada día, y cada día más cercano su agotamiento.

José M. FONOLL FERRAN
(San Adrián de Besós)

EL RESTABLECIMIENTO DE LOS TOPONIMOS ORIGINALES

Señor Director:
En relación con la carta del señor De Temple publicada en «La Vanguardia» del 8-1-80, pienso que la parte de su protesta relativa a la restitución de toponimos por manos anónimas debería quizá dirigirla a quienes se empeñaron en traducirlos y no hacia los que ahora propagan la restitución de los nombres originales.

Si, como ejemplo, Vilanova i la Geltrú, Lleida, Sant Quirze, Sant Boi i Sant Just son los nombres auténticos, no veo razón para que tuvieran que llamarse Villanueva y San Quirico, San Baudilio y San Justo. Incluso creo recordar que Sant Sadurní fue oficialmente «San Saturnino» durante bastante años. Y el suscrito, inscrito en el Registro Civil, bautizado y conocido como Francesc, ha tenido que pasarse la vida llamándose oficialmente «Francisco».

Yo no pienso, pues, que en estos casos se trate de menospreciar la lengua castellana, sino simplemente de volver a llamar las cosas por su nombre. Tampoco creo que haya que valorar a los idiomas por su nivel de difusión, pues, en tal caso, sería quizás aconsejable ir pensando todos en pasarnos al inglés o al chino.

Francesc ROIG

ECONOMIA: PUNTO CLAVE

Señor Director:
La polémica en torno a los nombres de calles es, sin duda alguna, una cosa baladí que a nadie beneficia y, en cambio, supone un gasto superfluo. Si realmente los Ayuntamientos tienen las arcas depauperadas, deben invertir el dinero de los contribuyentes en obras positivas; a tal fin sólo hay un punto clave: Economía. Todo lo demás es perder tiempo y dinero. Y, como la economía empieza por uno mismo, pongamos punto final a esta carta.

R. NIVELA